

ENFERMOGURUTZE

Varios años llevaban los franceses enseñoreados del corredor de Arakil, la Barranca y la Burunda, recabando constantemente víveres y transportes. Vivían a cuenta de la sufrida e indefensa población. A esta carga había que añadir la de los voluntarios, que hostigaban a su vez a las tropas napoleónicas y que también vivían sin trabajar haciendo lo propio. Años por tanto de guerra que sumían a los pueblos en grave indigencia.

Invasores y resistentes reclamaban raciones de carne, pan, tocino, paja, cereales, aceite o dinero; todo se anotaba en los ayuntamientos y todo se prometía abonar en un futuro mejor. Semejantes recaudadores directos tenían además la razón de sus armas, para convencer a cualquiera de lo importante que resultaba la eficacia y prontitud de los suministros pedidos.

El resto de los mortales tenía que trabajar cuidando el ganado y atendiendo las faenas del campo. Con buen sol y apto tempero se habían entrado en el mes de marzo; no era cosa de esperar y los vecinos iniciaron las tareas agrícolas; como lo hizo José Urkizu; unció temprano su pareja de bueyes yendo al cercano campo de Puttubeoki, donde tenían la mejor finca para patata los de casa Ezpondonekoa.

Con la herramienta a punto, los bueyes de recia sangre pirenaica y sus ganas de trabajar, él mismo se asombraba de la tarea hecha en unas tres horas; bueno sería descansar un rato, almorzando; soltó los bueyes del arado, para que comieran algo y pudiera descansar mejor; bien sabía que se lo agradecerían. Se sentó aprovechando un ribazo para protegerse un poco del sol y lo bastante del viento, que a 5 de marzo hay que cuidarse de ambos. Llevó de almuerzo una manzana, un trozo de pan con cuarta de txistorra y media pinta de vino; no corrían tiempos para permitirse muchas alegrías en la alimentación ni de otro tipo.

Echaba el último trago cuando aparece de pronto una avanzadilla perteneciente a un escuadrón de húsares; iban por los bueyes, que uncidos como estaban les pasan una larga cuerda por el yugo y los atan a la grupa de sus caballos, para llevárselos; a José nada le dijeron, porque tampoco le habían visto. Se levantó decidido a defender algo tan importante en su vida, indicando a los húsares que lo que se llevaban le pertenecía y diciéndoles a qué venía semejante desplante. El dialogo era imposible, no había modo de entenderse; unos no sabían ni palabra de euskera y José no tenía ni idea de francés. Con el akillu en la mano corrió a ponerse delante de los bueyes que se le iban; dóciles a la voz de su amo pararon tan repente que el jinete que tiraba de la cuerda cayó rodando de su caballo; menos mal que la voltereta no pasó de un susto, porque unos desenvainaron sus espadas y otros se lanzaron sobre Urkizu, a quien con su mismo akillu y las culatas de sus fusiles lo dejaron malparado e inconsciente. Era lo último que recordaba de su pareja de bueyes.

Cuando se recuperó, bajó a la cercana regata del Zurkillo, bebió un largo trago y se limpió las heridas de su descalabrada cabeza; le dolía todo el cuerpo, pero le dolía mucho más el robo de su ganado y la humillación sufrida en la impotencia.

Iba a su casa tan alterado que ni contestó al saludo de varios vecinos a los que encontró de paso; ni los veía siquiera. Una oleada de sentimientos de revancha le asaltaba; aquello no lo podía dejar sin más: todo francés que entrara delante debía ser liquidado; no había otra salida en su ánimo atormentado.

Preparó sus herramientas de labranza como artilugios de guerra; hacha, sarde, un enorme cuchillo de cortar nabos y otro de cocina compusieron su arsenal.

Al amanecer del 7 de marzo estaba apostado en los matorrales de Irulbe; de lejos vio a dos jinetes sobre Erregenbidezar, que iban a Vitoria; aprovechando la hondonada y la sombra colocó una cuerda delgada y resistente cruzando el camino y sujeta a dos robles. Tenía el tiempo justo, pues venía al trote y rápido, casi galopaban; probablemente temeroso del lugar que debía pasar aun espolearon más a sus caballos. No les faltaba intuición.

Al primero la cuerda lo derribó de su montura y sangraba del cuello, que casi lo tenía cortado; viendo a su compañero rodar, el segundo detuvo el caballo ta de repente, que salió despedido hacia delante; no llegó ni a levantarse del suelo, pues José se había echado sobre él abriéndole la cabeza en dos de un furioso hachazo.

Les quitó un fusil, algo de munición y una espada; entre robledal inició la subida a la Sierra de Andía; los caballos y el resto se quedaron sobre el camino. Había durado el silencioso ataque pocos segundos. De haber tardado algo más hubiera sido el final de la guerra para Urkizu. Aquellos dos jinetes eran la avanzadilla de una columna francesa mandada por el general Abbe que iba a Vitoria. Recogieron a los muertos, dieron una batida por los alrededores y al no encontrar pistas, maldiciendo, siguieron su camino. Desde ese pequeño collado de Santa Bárbara nuestro guerrillero independiente, veía el lío que había armado; si llegó a coger los caballos o al menos uno, como pensó por un momento, casi seguro que me pillan, se decía a sí mismo.

Escondió su nuevo equipo de guerra y al atardecer llegó a casa, como si nada hubiera pasado; mientras cenaba les dijo a sus padres que había estado en el monte haciendo leña, estuvo pensativo junto al fuego un buen rato y se acostó; debía madrugar de nuevo para seguir haciendo aun más; su madre le dejó preparada la comida y desapareció de nuevo con el amanecer; oculto entre un haz d leñas (abarras) llevó el fusil y la espada hasta Utzubar; a esperar de nuevo otra oportunidad; día perdido como el siguiente y otros por más que cambiaba de puntos estratégicos; únicamente se desplazaban en formaciones compactas y cualquier intento de atacarlas hubiera sido un suicidio.

Seguía con su firme propósito de acabar con cuantos franceses pudiera. Desde l alto de la ermita de Santa Bárbara, cuyas ruinas recientes había convertido en observatorio de guerra, vigilaba la Burunda; el 22 de junio de 1813 algo muy serio había pasado; veía humo de explosiones, grandes movimientos de personas y carromatos. Desconocía José, que se había dado la gran batalla de Vitoria y el ejército francés se batía en desorden y en retirada.

Lo único que vio claro era que podía brindársele una ocasión a su gusto. Bajó junto al camino, igual que hacía 15 días y preparó su fusil; caló la bayoneta y dejó a mano la espada;; era

ENFERMOGURUTZE

imposible salir bien de aquella situación. El valle se estaba llenando de decenas de miles de soldados en una caravana sin fin.

Los primeros que tuvo delante eran tres a caballo; se preparó detrás de un árbol y cuando estaban a unos 10 metros disparó sobre el primero, que se dobló sobre si mismo y cayó del caballo con la cabeza rota. Con rapidez calculada clavó la bayoneta en el segundo, que aun no había podido reaccionar; el tercer soldado dio vuelta a su caballo escapando para dar la voz de alarma. Podía tratarse de una emboscada a las que estaban habituados. A los pocos minutos llegaron en formación de ataque varios cientos de franceses; pronto se dieron cuenta de que se trataba de una acción increíblemente temeraria de una sola persona y salieron en su búsqueda por distintas direcciones.

Se había alejado lo suficiente como para no ser avistado. Cargó de nuevo el fusil y estaba agazapado, observando los movimientos de los batidores franceses, cuando se encontró de repente con uno que gritaba haberlo descubierto; fue el final del francés que cayó derribado del disparo hecho a bocajarro; pero la alarma estaba dada por los gritos y el tiro; saltó sobre su caballo para escapar a la Sierra y al hacerlo ofreció un blanco perfecto; una descarga lo dejaba para siempre en Enfermogurutze; en su recuerdo pusieron sus padres la estela discoidal que allí se veía hasta hace unos 20 años, dando nombre al paraje donde cayó acribillado José Urkizu

